

Leyendas de las tierras de Helárisos IV

# La mirada del guerrero

Pablo Martínez Fernández

Copyright © Pablo Martínez Fernández  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS  
ALL RIGHTS RESERVED

1ª Edición: diciembre 2020

ISBN: 978-84-09-24930-5

Diseño de cubierta: Joe A. Arca  
Maquetación: Pablo Martínez Fernández

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del autor.

*A mis sobrinos, Carmen y Pablo.*

*Espero que pronto podáis acompañar a Erban en sus viajes y aventuras, y disfrutéis leyendo estas historias tanto como yo lo he hecho escribiéndolas.*

*“Tortuoso es el sendero del guerrero, dispuesto a verter su sangre y la de sus enemigos en el campo de batalla. ¿Por qué empeñarse en semejante desatino? Hay quien persigue sueños de gloria y riquezas, otros se encadenan a odios ajenos, envidias perversas y disputas inmemoriales; muchos sólo quieren defender aquello que más aman... y la mayoría no son más que hojas arrastradas por el viento, títeres de los intrincados secretos que alberga cada espíritu humano (...) ¡Dichoso el guerrero que se ha enfrentado al enigma que late en su interior, pues sólo peleará al dictado de su propio corazón!”*

*Subödai u-Xiúr*

*Pensamientos tras una batalla*

- I. Cenizas del pasado
  - II. La ciudad herida
  - III. La furia del Tabros
  - IV. Las Islas de Targava
  - V. El mercader erudito
  - VI. Un festín en Icrés
  - VII. Un juramento roto y un espíritu rebelde
  - VIII. Juegos de máscaras
  - IX. Lealtad y traición
  - X. Máscaras rotas
  - XI. Rumbo al este
  - XII. Sal y arena
  - XIII. Los hijos del Sol
  - XIV. El guardián de las tierras secas
  - XV. El filo del Abismo
  - XVI. La treta de Aikón
  - XVII. Sueños de fuego y agua
  - XVIII. A través de las colinas
  - XIX. El Campeador
  - XX. Entre los mojures
  - XXI. Las raíces de Erixëa
  - XXII. Tambores de guerra
  - XXIII. Cae la trampa
- Epílogo

## I. Cenizas del pasado

Soplaba una brisa suave y fría, un aliento gélido que silbaba entre las grietas de los pocos muros que quedaban en pie y hacía crujir los restos calcinados. Los pies de los tres viajeros chapoteaban sobre el barro negruzco, mezcla de cenizas y tierra empapada por la reciente lluvia.

Erban paseó la mirada por aquel paisaje desolado y sintió que se le encogía el corazón. Todavía tenía muy fresco en la memoria el recuerdo de aquel día terrible, el recuerdo de las llamas, los gritos y la pérdida. Pero ver ahora con sus propios ojos aquellas ruinas abandonadas le retorció las entrañas con un frío insoportable.

*Esto es todo lo que queda de mi antigua vida... Silencio y muerte.*

Sintió en su mente el arrullo alentador de Ízim, que volaba bien alto sobre sus cabezas. Erban cerró los ojos, conteniendo unas lágrimas ardientes, y agradeció los ánimos de su fiel amigo.

*No puedo volver la vista atrás. No hay tiempo para eso.*

Aspiró hondo el aire frío del atardecer y caminó en pos de sus dos compañeros. Erixëa y Aikón se habían adelantado, buscando alguna estructura menos ruinosa que les ofreciera algo de abrigo para pasar la noche. Los tres se sentían exhaustos, y sus ánimos estaban casi tan bajos como sus fuerzas.

Habían caminado sin descanso durante jornadas agotadoras desde que huyeran de la destrucción del Magis ekón, y todavía les aguardaban varios días más de viaje hasta llegar a Deltabros. Allí esperaban reencontrarse con Nefira, y embarcarse rumbo a las islas de Targava para proseguir con la desesperada búsqueda de los misteriosos *Pentakri*.

Erban se había convencido a sí mismo de que era lo único que podían hacer para intentar detener a Sinàh-heptú y sus ansias de apoderarse de los secretos del Cognós; ese indescifrable enigma que nadie parecía capaz de definir con precisión, pero que sin duda causaría la perdición de toda Helárisos si el mago renacido se apoderaba de él.

Y sin embargo, mientras caminaban por los interminables senderos de la Marca, esforzándose cada jornada por avanzar un poco más a costa de sus menguadas fuerzas, Erban no podía evitar pensar que, definitivamente, aquella aventura le venía *muy* grande. Era el portador del *Spetión*, cierto, ¿pero qué importaban los pequeños trucos

que había aprendido comparados con los hechizos del poderoso *heptaqón*, que había sido capaz de vencer a la muerte? Tal vez Sinàh estuviese ya en el otro confín de Helárisos, apoderándose de los restantes *Pentakri*, mientras ellos apenas habían avanzado unas pocas leguas a pie.

Tras la caída del Magis ekón y la muerte del *Kairnós*, ¿quién quedaba en pie para hacer frente a tan poderoso enemigo? Una hechicera novata y aturdida por la desaparición de su Orden, un antiguo mago que apenas había recobrado sus cabales tras quince años de tormentos, y un aprendiz de posadero armado con un artefacto cuyos secretos apenas había logrado desentrañar.

Erban no dejaba de repetirse que no tenían otra opción que seguir adelante, que no había lugar lo bastante alejado ni escondrijo lo bastante profundo como para escapar a la destrucción de toda Helárisos. Y, sin embargo, en aquel atardecer frío y oscuro, allí de pie entre los restos carbonizados de la aldea que le viera nacer, agotado tras otra dura jornada de marcha, no pudo evitar que le invadiera la desesperanza.

—Estamos perdidos...

Tras deambular un rato por las ruinas de la aldea, finalmente se refugiaron entre los muros semiderruidos del templo, en lo alto de la colina. Encendieron un pequeño fuego y se apretujaron bajo sus mantos mientras masticaban unos trozos de queso endurecido y un mendrugo rancio. Tras un largo rato de silencio, Aikón dejó escapar un hondo suspiro.

—Lo que daría por un vaso de vino. O un trago. O un sorbo. ¡O tan siquiera unas gotas!

—Pues ya me dirás de dónde lo vas a sacar —replicó Erixëa con voz ronca de cansancio—. Suerte tuvimos de encontrarnos hace tres días con esos pastores que nos dieron algunas provisiones.

La hechicera examinó con tristeza el trozo de queso de cabra que constituía su cena, tan reseco que crujía como una hoja marchita al masticarlo, y se lo llevó a la boca con una mueca de resignación.

Erban no dijo nada, pero miró de soslayo al hombrecillo. Había cambiado mucho desde los terribles sucesos en el Santuario del Magis ekón: El liante había desaparecido, y por suerte el colérico había permanecido dormido desde entonces, pero la personalidad que había aflorado no era exactamente el Aikón pensativo al que estaban acostumbrados, aunque en ocasiones lo pareciera. Sus ojos negros, antes

velados por una bruma de recuerdos, centelleaban ahora con reflejos acerados, y las marcas de su frente y sus manos ya no eran borrones de tinta, sino los nítidos sellos de los *piromes*, los Danzantes del Fuego del Magis ekón.

Aikón parecía haber recobrado su antiguo ser... pero no del todo. Todavía tenía muchas lagunas y momentos de confusión, y sus recuerdos parecían mezclarse a menudo con los de otros, o dispersarse como niebla cuando trataba de ordenarlos y responder a las preguntas de Erban y Erixëa.

*Desde que le conocí he estado preguntándome quién era realmente. Ahora que lo sé, creo que lo entiendo aún menos que antes.*

Erban ahogó un suspiro de frustración. Todavía había muchos misterios que desentrañar en torno al hombrecillo, pero al menos, durante aquel viaje agotador desde el sur, Aikón había podido revelarles algunas cosas interesantes.

—¿Quién eres realmente? —le había preguntado la primera noche de su huida, cuando habían acampado en las colinas al norte del Santuario en llamas.

—¿Que quién soy? —Una sonrisa burlona, triste, agitada, había iluminado sus rasgos arrugados— Sí... los recuerdos vuelven a mí. Es una pregunta difícil, Erban. Tú ya conoces una respuesta, y no es peor ni menos verdadera que la que ahora te daré. En todo este tiempo... ¿de verdad han pasado quince años? Cada uno me pesa como un siglo, y sin embargo parece que apenas ha transcurrido un suspiro desde que las llamas consumieron a ese maldito malandrín, allá en lo alto del Muro de Tergocles...

»Sólo mis amigos más próximos, y vosotros lo sois, me llamaban... me llaman Aikón. Entre los demás magos de la Orden me conocían como Ankelar. Era... soy, un *pirome*, y bastante bueno, por cierto. —Un atisbo de sonrisa ufana había asomado a sus labios—. Incluso fui durante un tiempo el *sufeiq* de mi Faceta, aunque no duré mucho en el puesto. Tales honores y responsabilidades no van conmigo.

Tanto Erban como Erixëa habían oído hablar a menudo del tal Ankelar durante su estancia en el Santuario, de labios de algunos de los magos más ancianos como Tínite o Igätai: un mago de grandes habilidades, sólo por debajo de los Prelados en poder y conocimientos, y uno de los que más había abogado por combatir abiertamente a Sinàh-heptú durante las guerras de Soloscrán.

—Y si tú eres Ankelar —había preguntado Erban, receloso—, ¿cómo es que nadie en el Santuario te reconoció?

El hombrecillo había vacilado durante unos segundos, antes de responder.



—Sagaz pregunta, a fe mía —había dicho por fin, palpándose la cara y el cuerpo con gesto de perplejidad—. Diría que estoy muy cambiado. Tanto que creo que no me reconocería en un espejo. ¡Sólo los Dioses saben qué clase de hechicería perversa sufrí en aquella noche funesta! Antes tenía más pelo, eso seguro. ¡Una melena notable, pardiez! Y, o me hallo entre gigantes, o he perdido un par de palmos de estatura. Pero no todo es de lamentar —había añadido con una risita—. También he perdido unas cuantas lorzas.

—Aún y así, cuesta creer que nadie te reconociera.

—Yo creo que Igätai sí lo hizo —había replicado Erixëa—, aunque no quisiera admitirlo.

—El bueno de Igätai. —Una nota de afecto había hecho vibrar la voz del hombrecillo—. Espero que haya logrado sobrevivir.

Ni Erban ni Erixëa se habían atrevido a responder, pero Aikón había captado al vuelo la expresión de sus rostros y había estallado en un terrible lamento, ocultando su rostro entre las manos.

—¡Qué desgracia! ¡Qué terrible desastre ha caído sobre nosotros! Y todo por culpa de ese truhan de Sinàh, ¡que los Dioses le confundan!

Nada más habían logrado sonsacarle aquella noche, y durante varios días el hombrecillo había ignorado sus preguntas, aunque Erban no habría sabido decir si era porque todavía estaba conmovido por la pérdida de sus antiguos amigos, o porque en ocasiones recaía en la confusión y la desmemoria.

Ahora, mientras engullía las últimas migajas de su escasa cena, Erban observó con disimulo al hombrecillo, sentado al otro lado del fuego. Sus ojos negros seguían hipnotizados el baile de las llamas, y sus labios temblaban ligeramente. No era la primera vez que lo veía así.

No hacía ni una semana, cuando ya habían dejado atrás el Magis ekón y avanzaban por los polvorientos senderos del sur de la Marca, Aikón había roto por fin su mutismo, y había accedido a revelar nuevos recuerdos de su pasado.

—Os ruego comprensión, amigos míos. La cabeza me da vueltas a menudo, y a veces no estoy seguro de si lo que me viene a la mente es real o son sólo visiones o mentiras. Supongo que el Fractal ha afectado a mi, por otra parte, envidiable lucidez mental.

—¿Qué es eso del Fractal, exactamente?

—Es un hechizo muy antiguo, tanto que algunos eruditos de la Orden dicen... decían que procedía de los mismísimos Poderes Inmortales, de los tiempos anteriores a la Alianza con los primeros humanos. El Desgarrador de Almas, lo llamaban. Cuando la muerte se apodera del cuerpo, es posible, en teoría... ¡qué digo, en la práctica, por desgracia! En fin... quiero decir que, mediante este hechizo, se puede separar la mente del cuerpo que agoniza y desgarrarla en cuatro fragmentos: los fractales.

»Esos fragmentos se refugian entonces en otros cuerpos, huyendo de la muerte, y así pueden sobrevivir como parásitos de otras mentes. Pero nadie hasta ahora había osado recurrir a tal ardid. ¿Podéis imaginar la tortura que supone semejante existencia despedazada en retales de consciencia? Un tormento horrible, insoportable, y sin ninguna certeza de resurrección. —La voz se le había quebrado en un gruñido de pesar—. Hay que admitir que a esa sabandija de Sinàh no le falta valor. O tal vez está tan loco y tan sediento de poder que pudo resistir un martirio que habría destruido a cualquier otro.

Erbán y Erixëa habían recibido semejante información con una mezcla de incredulidad y horror. Si su enemigo tenía el poder de regresar de entre los muertos de ese modo, y la voluntad para enfrentarse a semejante martirio, ¿qué esperanzas podían tener de vencerle?

Pensando ahora en ello, Erbán se miró las marcas de las manos con creciente pesar: El vórtice en el dorso de su mano derecha y la estrella de líneas curvas en su izquierda, nítidos como trazados con tinta negra. A su lado reposaba el *Spetiòn*, pero incluso el calorcito del asta blanca, que en otras ocasiones le había caldeado el ánimo, parecía ahora vacilar y apagarse como las llamas de su pequeña hoguera.

Erbán rememoró la noche en el antiguo Bastión de Soloscrán, la noche en que el *Spetiòn* le había elegido como su portador. Sin duda, Cleandro Nemicles había sido poseído por uno de los fractales de Sinàh. ¿Significaba eso que, en todo momento, el edil había sido un simple títere de la voluntad del malvado hechicero? Preguntado al respecto, Aikón se había mostrado dubitativo:

—La magia del Fractal es antigua y misteriosa... pero no, no lo creo. Dudo que una cuarta parte de un espíritu, aunque sea uno tan poderoso como el de Sinàh, pueda apoderarse de un espíritu completo en su propio cuerpo. Tal vez el fractal alteró en parte la personalidad de Cleandro, o le proporcionó vestigios de recuerdos o conocimientos prohibidos, pero ese tipejo era ambicioso y cruel de por sí.

Y sin embargo, al preguntarle por el efecto del fractal sobre sí mismo, Aikón se había escandalizado.

—¿Un fractal? ¿Dentro de mí? ¡Qué descaro, jovencito!

—Sinàh lo dijo —había replicado Erban.

—Le vimos tomar el último fractal de ti —había añadido Erixëa—. De hecho, tu yo liante... bueno, el fractal, supongo, es decir... ¡Da igual! Tú le ayudaste a asaltar el Santuario.

—¡Majaderías!

—Me temo que así es. En realidad, los tres lo hicimos. —Erban había notado como la garganta se le agarrotaba de pesar y culpa—. Estábamos tan asustados por las acciones de Biurno que sólo pensábamos en escapar... y no fuimos más que marionetas en manos de Sinàh.

—Por nuestra culpa, el Magis ekón ya no existe.

Erixëa había ahogado un sollozo y se había alejado de ellos, ocultando su rostro entre las manos. Aikón había soltado una tremenda retahíla de maldiciones y blasfemias, y ya no había respondido a más preguntas sobre el Fractal o sobre el extraño efecto que el hechizo había tenido sobre él. Durante varios días apenas había hablado, y sólo de tanto en tanto Erban le había escuchado murmurar entre dientes, con una rabia digna de su faceta colérica.

—Algún día lo pagará... algún día...

Ahora el hombrecillo se mostraba absorto contemplando el fuego. Erixëa se había tumbado ya, bien envuelta en la manta, con sólo unos pocos rizos asomando entre las pieles. Erban la observó, inquieto. Su amiga también llevaba días sin apenas hablar, y más de una vez había sorprendido el brillo de una lágrima en sus ojos rasgados. Ya ni siquiera hacía gala de sus poderes como *cronona*, a pesar de que adelantarse unos instantes en el tiempo siempre había sido uno de sus rasgos característicos.

*Todos tenemos la culpa de lo que ocurrió en el Magis ekón, pero ella lo sufre más. Aunque la mayoría de magos la ignorasen o la tratarasen con desdén, era su hogar...*

Había tratado de hablar con ella en más de una ocasión durante las largas jornadas de viaje desde el sur, pero hasta ahora no había hallado las palabras. Tratando de ahogar el nudo que se formaba en su garganta, apartó la mirada de Erixëa y volvió a centrarse en el hombrecillo. Aikón había alargado una mano hacia las llamas, y tras unos instantes la apartó con un respingo.

—Me he quemado —murmuró, más sorprendido que dolorido.

—El fuego es lo que tiene —replicó Erban, y un atisbo de sonrisa asomó a sus labios, aunque no tardó en desaparecer al ver el rostro atribulado de Aikón.

—Soy un *pirome* —protestó, lamiéndose el dedo—. O al menos lo era. Parece como si mi magia se hubiera apagado, y apenas quedaran unas brasas tibias...

—¿Podría ser por causa del otro espíritu que hay en tu interior?

—El otro... —Aikón soltó un gruñido—. Como si albergar un fractal de ese indeseable no fuera suficiente. ¡¿Cuándo se convirtió mi cuerpo en un albergue para espíritus errantes?! Si al menos me pagaran un alquiler...

Por un momento asomó a su rostro la mueca burlona de su faceta liante. Erban se sintió reconfortado... y también inquieto.

*¿Quedará algo de Sinàh dentro de él?*

—A saber quién será este polizón —masculló Aikón, golpeándose la frente con los nudillos—. Tal vez por su causa me pasé los últimos quince años olvidado de mí mismo y saltando entre dos... ¡no, tres personalidades! Tanto espíritu junto es demasiado para un solo cuerpo. ¡Es un milagro que no me haya explotado la cabeza!

—Lo que está claro es que ese otro lo incendia todo cuando hace acto de presencia —respondió Erban—. La de veces que hemos estado en un tris de acabar todos carbonizados... como esta aldea.

Aikón soltó una carcajada seca y miró a su alrededor, pensativo, escudriñando los restos del templo que los acogía.

—Así que aquí fue donde diste tus primeros pasos, muchacho. Aquí comenzó todo.

Erban se estremeció al recordar ese mismo templo, donde a menudo había asistido a los rezos cuando era niño, devorado por las llamas. Los gritos asesinos de Taróas y sus esbirros todavía resonaban en sus oídos, así como los aullidos de pánico de sus paisanos.

—Aquí conocí a Nefira —respondió con un hilo de voz—. Aquí es donde debí morir, y Biurno debería haber emprendido su camino como verdadero *Kairnós*. Por un tiempo lo creí muerto, y ahora lo está de verdad, pero los peligros de los que advertía la Profecía siguen amenazando a Helárisos, y sólo quedamos nosotros para evitarlo. Me siento insignificante y tengo miedo, Aikón, mucho miedo.

—Estarías loco si no lo tuvieras —el hombrecillo sonrió a pesar de todo, esa sonrisa serena que tantas veces había visto esbozar a su faceta introvertida—. Pero no

eres insignificante, ni tampoco esta valiente jovencita, ni nuestra esforzada guardiana de Hacra... ¡ni siquiera yo, pardiez, a pesar de mi estatura!

»Recuerdo muchas cosas de las que hemos vivido juntos desde que nos encontramos por primera vez, no lejos de aquí, y te aseguro que en mi larga vida pocas veces he visto mayor valor y entereza que la que tú mostraste al enfrentarte a Cleandro Nemicles, o afrontando los peligros de Samatea, o lidiando con las artimañas retorcidas de esa druida enloquecida. Además, ¿qué vas a hacer si no te enfrentas a Sinàh? ¿Esconderte y esperar que todo se solucione por arte de magia? ¡Paparruchas!

—Y eso me lo dice un mago —replicó Erban, sonriendo a su pesar—. Pero supongo que tienes razón.

Aikón asintió, convencido.

—La Profecía podrá cumplirse o no —prosiguió—. Apuesto a que ni los profetas lo saben con certeza, si es que queda alguno. Pero, con o sin *Kairnós*, todavía tenemos una oportunidad de pararle los pies a ese aborrecible patán de Sinàh. Diminuta, desesperada, tal vez suicida, pero ahí está.

Erban no respondió, aunque se sentía mucho más animado. El hombrecillo arrojó una piedrecita al fuego y encogió los hombros.

—Ahora, mejor será que hagamos como nuestra joven amiga y durmamos un poco. Todavía queda mucho viaje por delante. —Se envolvió en la manta y se tumbó a la vera del fuego, suspirando de cansancio—. Lo que daría por un traguito, tan solo un sorbito, para atraer el sueño...

Erban sonrió de nuevo, pero ésta era la primera sonrisa verdadera en mucho tiempo. A pesar del cansancio, del miedo y la desesperanza, esa diminuta esquirra que se negaba a apagarse seguía ardiendo en su interior, caldeando su voluntad pese a todas las desgracias y reveses.

Pronto los sonoros ronquidos de Aikón retumbaron entre la osamenta del templo. Erban se acurrucó y trató de dormir, pero se pasó un buen rato dando vueltas sin lograr conciliar el sueño, a pesar de lo agotado que se sentía. Cuando la hoguera ya no era más que un rescoldo mortecino, se puso en pie y se alejó de sus compañeros.

Apoyándose en el *Spetiòn*, caminó entre las ruinas del templo. Encaramado a lo alto de una columna tiznada de negro, Ízim dormía plácidamente, con la cabeza bajo el ala. Erban sonrió y se acercó hasta lo que había sido el portón, del que sólo quedaban unos fragmentos colgados de un gozne. Desde allí observó los restos de su aldea a la pálida luz de las estrellas.

Los recuerdos se agolparon en su mente con la violencia de una súbita riada, y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no echarse a llorar. Con ojos emborronados buscó la posada de sus tíos, y distinguió la silueta de la chimenea de piedra. Era lo único que había sobrevivido al fuego.

*Cuánto los echo de menos...*

La añoranza por aquella vida tranquila y pacífica jamás le había abandonado, pero sólo ahora se daba cuenta de cuán enraizada estaba en su corazón. Pero lo más curioso de todo es que ese sentimiento de pérdida se entrelazaba con el asombro y la maravilla por todas las cosas que había vivido desde que Nefira le salvara el pellejo en aquel mismo lugar.

Erban aferró con fuerza el *Spetión*, abrumado a un tiempo de tristeza y agradecimiento por haber puesto de nuevo los pies en su aldea. ¿Era casualidad que se hallara en la ruta más corta hacia Deltabros desde el sur, o había algo más? En un mundo de Profecías, hechiceros resucitados, artefactos de poder y tantos otros portentos, ¿quién podía saberlo?

*Helárisos todavía tiene muchos misterios que ofrecer. No dejaré que Sinàh lo destruya todo.*

El *Spetión* pareció resonar entre sus dedos al compás de los latidos acelerados de su corazón. Al fin y al cabo, Aikón tenía razón. ¿Qué otra cosa podía hacer? Aunque la idea de buscar un rincón tranquilo en el que refugiarse a esperar el final fuera tentadora (el recuerdo de Elerin y la aldea remota de los Edetanos pasó fugaz por su cabeza), mientras hubiera una posibilidad de impedir que Sinàh se hiciera con el Cognós, debían intentarlo. Aunque ello les costase la vida.

O algo peor.

Espoleado por esa esquirla de coraje que brillaba en su interior, Erban alzó el *Spetión* en un gesto de desafío.

*Llegaremos a Targava, encontraremos el Pentakros que allí se oculta y te pararemos los pies, Sinàh. Lo juro ante las tumbas de mi familia.*

Y tras un último vistazo a las cenizas de su pasado, se dio la vuelta y volvió junto a sus compañeros.